

UN HOMBRE VA POR EL MUNDO

ATAHUALPA YUPANQUI

Atahualpa Yupanqui era hace años un nombre envuelto en la leyenda. El velo que lo envolvía nos hacía verlo como un ídolo, paradójicamente desmitificador, admirado, lejano... Hace un año vino a España, y cantó en la Comedia, ya menos lejano, solamente a la distancia de trescientas pesetas. Ahora ha vuelto. Dio varios recitales en la Zarzuela, actuó en J. & J. y lo hemos visto en televisión, al fin, cerca del todo. Y el ídolo es un hombre. Y hemos hablado con el hombre cosas de su vida, de su pueblo y el nuestro, de la Luna, el peronismo, los poetas y los mercaderes arrojados del templo...

ATAHUALPA YUPANQUI.—Mire, a mí me interesa mucho, profundamente, el folklore español. En su totalidad, no las canciones que en algún momento Miguel Hernández pudo incorporar, porque si yo prefiero eso es que lo otro no me interesa. Lo otro que el pueblo español tardó doscientos años en elaborar coplas, para recoger el amor, la nostalgia, la muerte, el mar, la nube, la maldición, la bendición... Si eso me resbala a mí, no puedo entender entonces ni a Salinas ni a Hernández; no puedo entenderlos... Tengo que entender mucho la médula española para poder entender después la intención de una nueva literatura.

F. ALMAZAN.—Coincidiendo con su criterio, hicimos hace unos meses una encuesta a los grandes cantaores de flamenco. No se trataba tanto de estudiar el cante como de adentrarnos en la historia del pueblo llano, olvidada por los historiadores cultos y que el pueblo no pudo escribir porque sólo sabía cantar...

A. Y.—Eso es el folklore. Esa jugaría de Marcelino Menéndez a ver si era o no verdad... ¡No me saque fumando!... La gente le gusta fotografiar vicios; no es inteligente. La gente le gusta cuando uno está poniéndose la copa, ¡Ahí... pum! Es una torpeza. (Nuestro compañero se explica: Había aprovechado una buena posición en la que el sol no daba en la cara de Atahualpa.) La Historia tiene dos caminos: una, la que escriben los historiadores según les va la feria, y otra, la que escribe el pueblo analfabeto, que es muy hermosa, porque la escribió cantando.

F. A.—Verá, cuando nuestros poetas cultos cantaron al pueblo crearon una imagen tan bella y artística que en todo el mundo gustó mucho, pero que no representa nuestra realidad, el modo de vida de nuestro pueblo. Cuando intentaron dar a sus creaciones un cierto aire popular lo hicieron, inevitablemente, como hombres cultivados y de una sensibilidad más refinada. Ni Lorca ni Falla fueron...



Por FRANCISCO ALMAZAN

A. Y.—... los traductores totales...

F. A.—... del pueblo trabajador. Lo eran los hombres que cantaban por las tabernas. A partir del folklore, sin embargo, usted ha seguido hablando, cantando, con un lenguaje directo, cosas de su tiempo y su país. La otra noche, cuando cantaba en la Zarzuela, les decía a los poetas:

«De tanto mirar la Luna,
ya nada sabes mirar.
Eres como un pobre ciego
que no sabe dónde va...
Vete a mirar los mineros,
los hombres en el pinar
y canta por los que luchan
por un pedazo de pan...»

A. Y.—Claro, son los poetas puramente espiritualistas, que les resbala la realidad de la tierra. Se cae un pétalo de una rosa y ya se ganó un soneto; pero se cae un minero al pozo y miran los periódicos y dicen: ¡Qué barbaridad! Y siguen mirando luego si el Atlético ganó el domingo o qué pasó. Algunos hacen poesía comprometida; pero ya es comprometida. No es lenguaje del pueblo ni es para todos. El pueblo es más directo en sus cosas.

F. A.—¿Cómo le va a su canción su constante viajar? Cuando uno corre mundo enriquece su sensibilidad, y su pensamiento se hace más universal; pero se pierde pie, falta la vivencia de lo cercano. ¿No le ocurre algo así?

A. Y.—Eso es lo que se busca, la universalidad, pero... lo importante es cantar la aldea. Ahí está el viejo con la conseja más sabia que he escuchado por ahí. Descríbeme la aldea y serás universal. Luego camino, y aprenderé algo o no aprenderé; pero que canto mi aldea, pierda cuidado. Si no haría una especie de turismo sonoro por el mundo. Yo tengo que cantar lo que me duele y lo que le duele a mucha gente campesina, y lo que le alegra; pero siempre en campesino. Si yo hago una canción en París la semana pasada, de mi país no hay ningún olor a Francia en mis canciones. No, no, ya me hubiera pasado eso que me dice. Además, yo voy tres veces por año a la Argentina. Y no me olvido nunca de cantar el «Duerme negrito».

(Contamos a Atahualpa cómo el «Duerme negrito» y otras canciones suyas eran cantadas, hace años, en la Universidad madrileña por el Grupo Canción del Pueblo; cómo lo que empezó siendo motivo de algaradas y agitación terminó comercializándose, junto a otras canciones de León Felipe, Lorca, Neruda, Hernández, por los profesionales tipo Alberto Cortez.)

F. A.—¿Qué efecto piensan que producen sus canciones en la gen-



"Aunque canto en todo rumbo tengo un rumbo preferido. Siempre canté estremecido las penas del paisanaje, la explotación y el ultraje de mis hermanos queridos..."

te? ¿Si los problemas de su aldea son universales, cómo cree que inciden sobre la gente en otros medios sociales?

A. Y.—Bueno, yo canto así quizá porque en gran parte no he conocido otra cosa. Si yo hubiera conocido el mundo de Bach, Scarlatti, Albéniz, Falla... Lo he mirado; lo he estudiado; me encanta. No lo incorporé a mi repertorio porque no es mi condición. Me resbala un poco. No es mi paisaje. Siendo, sí, mi enorme placer estético. En mi país, el ochenta por ciento es la canción romántica: el amor, la nostalgia, la trenza, los ojos, a los cuales yo jamás he cantado, porque desde chico me crié en un medio áspero y definido. Entre vacas, caballos..., y peones, y maizales, y triguales. Entre la cosa definida como la montaña, la espina que no se oculta cuando hiere; cuando lastima se está mostrando. ¡Por qué fuiste tonto!, ¡por qué pasaste tan cerca!... Los hombres son un poco como el vegetal. Me gustan las cosas definidas y me duelen las cosas postergadas. Y me quedé para cantarle a la paz, al mar y a la cosa ideológica sin lastimarse. Ya desde muchacho, elegía lo que hay que hacer y decir. Para que le voy a cantar a la Gran Vía, que ya tiene sus cantores y está preciosa. Además, yo me siento unido a esa cosa oscura y hermosa que es el pueblo. Y dentro de eso me gusta el pueblo pensante. La diferencia entre gleba y pueblo es abismal. La gleba es un poco rebaño. El pueblo pensante es el que dice, ¡hasta ahí! No sé..., voy a ver, qué hacer... El que usa la cabeza. El que abre ventanas. No tomar partido; no tomar una orientación definida, sino pensar y tomar conciencia de esa realidad que le toca vivir. Yo canto y tengo que expresar una realidad agraria, pampeana, montañesa. En la medida en que yo expreso una pena mía no interesa; no debe interesar. Con una pena mía puede hacerse un tango o un bolero. Ahora, yo abro la boca y son muchos los que me empujan. Algunos están bajo tierra y otros sobre la tierra. Ya no es casi mío lo que canto. Ya es responsabilidad.

«Y le juro, créame, que he visto tanta pobreza que ya pensé con tristeza Dios por aquí no pasó».

F. A.—Pero esa responsabilidad que hay en sus canciones cuando nos hablan de la injusticia o nos invitan a la solidaridad entre los hombres, ¿piensa que influyen en el cambio social? ¿Cree que el arte puede influir como la transformación del sistema productivo o como la acción política o armada a transformar la sociedad?

A. Y.—Si no empujarlo, no dete-

ner la marcha del mundo. Yo no creo que todo tenga que ser como una gran conspiración, porque eso no debe ser. No es natural. Nosotros debemos hacer las cosas con vistas al futuro. Lo veamos o no lo veamos. No la va a ayudar, pero no puede detener el movimiento cuando la conciencia empieza a trabajar. Si yo canto delante de un patio de butacas, la burguesía española no se va a convertir a la democracia; pero se va a marchar rescando la cabeza. Es Cristo arrojando a los mercaderes del templo...

F. A.—Pero en esa singularísima ocasión Cristo necesitó algo más que canciones. Por otra parte, y precisamente porque hay mercaderes, las canciones son a la vez mensaje y mercancía. Señor Yupanqui, yo sólo creo en el contacto personal. Si no le digo lo que pienso, usted no está obligado a contarlos lo que piensa. Usted debe saber que mucha gente criticó el año pasado su actuación en la Comedia, y este año en J. & J., en la Zarzuela y en televisión. Hay una contradicción que ninguno podemos resolver fácilmente, pero de la que debemos, en principio, ser conscientes. Lo contradictorio es el hecho de que usted sea portador de un mensaje recibido del pueblo trabajador y explotado, y, sin embargo, en el marco de sus actuaciones sólo llega a la burguesía. ¿Cree que a pesar de todo no se pierde el significado originario de su mensaje? A mí me parece que la canción, como la cultura en general, cobra significaciones diversas, que dependen del lugar y el modo en dónde y cómo se realizan.

A. Y.—Muy diversas, sí, porque entonces empiezan a trabajar los vientos adversos, y hay gente que quiere capitalizar políticamente el sentido de mis canciones según el rumbo y el carnecito que esconden en su camisa. Está bien. No, no está bien. Tiene que venir a cantar a la Universidad... Tiene que cantar para los obreros. Esto me lo encontré en muchos sitios. En Francia, en Colombia... A mí, el dueño del hotel me presenta la cuenta y yo no le puedo decir: ¡Soy poeta, a mí no me puede cobrar! Yo no tengo ayudas ni voy al Ayuntamiento a que me dejen un coche. Soy yo solo. Si el empresario me contrata para dar cuatro conciertos y corre con la publicidad y los impuestos o va a medias con el dueño del teatro es algo que yo no manejo. Yo no pongo precio a las entradas, ni sé si gana él setenta, ochenta o cien mil. Yo no cobro ni setenta mil ni ciento cinco mil. Yo toco la guitarra y canto. Dicen, «¡se está llenando de oro!». ¿De qué oro? Cuando me voy a una librería de viejo y compro cinco libros. Pago el alquiler de la casa

donde vivo. Viajo, que me gusta viajar. ¿Que hay flamenco en Málaga? Allí me voy. ¿Que se ha marchado el autobús de Ronda? ¡Venga un taxi! ¿Cuánto me cobra? «Mil quinientas». Tengo cuatro mil en el bolsillo. ¡Vámonos! «Uuuff, Fulano se ha vendido al capitalismo». A mí no me lo paga nadie. Vengo a Madrid con dos mil trescientas pesetas, pensando lo bueno que sería si me llamaran de televisión. Además, tengo que preparar mi viaje a París y me vale cuatro mil pesetas. A pie no me puedo ir... Y la gente ignora esas cosas. Tengo una chaqueta chica que la compró mamá. Tengo muchas piedras y poco que sembrar. Dos hectáreas de maíz y paja. Por ahí hay una especie de chaqueta de fútbol. Ahí se sembró cebada. Mi madre sembró cebada sacando piedra con un peón. Más allá, una lonja, a la orilla de un camino con maíz. Tengo unos caballos. Me han dicho que «este es un fuerte ganadero». En mi país un ganadero tiene diez mil, quince mil o cincuenta mil vacas. Necesitaría peones, veterinario, alambradas, impuestos... Yo me paso, a veces, un año sin ir por ahí, y mi madre, que era la que cuidaba todo, ya no está sobre la tierra. Y me llaman a mí que «tiene unas propiedades...». Tengo un paisaje con un rancho adorable y cuatro perros... Soy yo solo, y algún amigo pobre como yo, loco como yo, bohemio como yo...

«Cada cual vive a su modo, yo soy de los del montón. No soy flor de invernadero soy como el trébol campero».

F. A.—¿Por qué le prohíben en muchos países cantar «El abuelo»? ¿No marca esta prohibición el límite de lo que afirma el sistema, y lo que le niega y perjudica?

A. Y.—La gente que protesta y que no hace nada, o hace algo, o vive callada, está en todas partes esperando que otro venga. Y porque se plantó en una esquina a cantar... «Ese tiene que decir por mí tal cosa». Dílo tú, hijito. Yo conozco el camino de las cárceles de mi patria. Esa canción que me piden no la voy a cantar, porque está prohibida. Yo no puedo. No debo hacerlo, como artista extranjero, porque estoy entonces preparando al público contra un estado. Y esa cuestión no es mía, sino de la gente de ese país. El que quiera sacar las castañas del fuego que lo haga. Que yo en el fondo de mi corazón, aplauda o no aplauda, son cosas particulares. Yo no voy a venir de mi pampa a sacar las castañas del fuego aquí ni en Chicago. Yo ayudaré a sacar las castañas del fuego en mi tierra, donde me manejo y conozco a fondo el espíritu de la constitución y la gente, y donde yo

tengo conciencia... Dirán, «su patria es el mundo». Sí, pero en una parte especial. Yo estuve ya detenido. He estado prohibido nueve años cuando Perón.

F. A.—¿Le parece que el peronismo sea una buena salida para Argentina? ¿O que lo fuera en otra época anterior?

A. Y.—El peronismo nunca fue bueno.

«Con permiso vó a entrar, aunque no soy convidado, pero en mi patria un asao no es de naide y es de todos».

F. A.—¿No teme que la crítica al sistema de relación, que de un modo implícito o explícito está en sus canciones, más que destruir el sistema pueda reforzarlo, cuando él mismo la permite legalmente, ya que permite crear los antidotos cuando no se le pone en cuestión totalmente y con oportunidad?

A. Y.—Yo pienso que no por lo que se ve como marcha el mundo. El capitalismo en el mundo fue creado después que terminó el ciclo burgués. Después vino el reajuste con la cuestión de la tecnocracia y la cosa fiduciaria. El mundo administrado por el dólar. Entonces se va creando la parábola descendente. Y tiene sus grandes artistas la decadencia: pintores, músicos, gente de cine y teatro.

F. A.—Usted me explica muy bien los ciclos históricos, ¿pero no cree que se pueden retrasar o acelerar?

A. Y.—Ahora son más cortos. Históricamente, el mundo va hacia una nueva forma. Si no no habría tanta metralla cuidando el sueño de los elegidos, por el dedo, claro. En la medida que los pueblos han asimilado la hermandad se vigorizan y hacen temblar los sistemas. «La arena es un puñadito/pero hay montañas de arena».

«Pero si el canto es protesta contra la ley del patrón, se arrastra de peón a peón como un profundo murmullo».

¿Cuántos años tendrá Atahualpa? ¿Setenta? El nos dice que «es él solo». A nosotros nos parece solitario. Escéptico en muchas cosas. Seguro en una que la sobrepasa, y que va más lejos que la admiración o la crítica que la conducta del hombre o del cantante pueda despertar: el mensaje recibido de un trozo de tierra que bien puede representar a un continente. O a varios continentes. Atahualpa supo hacerse eco y fue su portavoz.

«Y el hombre va por el mundo con razón o sin razón...».

Fotos: RAMON RODRIGUEZ